

F O R E W O R D

Of Slow
Photographs and
Stillborn Dreams

Fred Ritchin

P R E F A C I O

De fotografías
lentas y sueños
mortinatos

DESPITE THE PERVASIVENESS of photography, its documentary role is increasingly uncertain and many of its professional practitioners are nearly in despair. As some three hundred million photographs are uploaded daily to Facebook, and more than one hour of video is said to migrate every second to YouTube, journalists and documentarians are feeling challenged and at times overwhelmed, wondering what differentiates their work as eyewitnesses from that of a billion people with cellphone cameras and social media accounts. How can they make images that are both meaningful and useful, and that emerge to impact the consciousness of highly distracted readers and indifferent governments?

Part of the problem lies in the kinds of images that now pass for photographs. In speeded up, media-saturated cultures like ours we are fed easily recognizable images that can be scanned by the viewer rather than read, and just as quickly discarded—the image equivalent of fast food. These photographs, including some that we call iconic and to which we award prizes, frequently function as memes, imitative of one another and ultimately illuminating no more than the surface of events. And given the lack of context with which the images are presented—the carefully laid out and captioned photographic essay of the past is often reduced to no more than a haphazardly prepared slide show—they neither investigate the causes nor suggest solutions for the situations they are meant to represent.

How then to have an impact? The answer often involves enormous amounts of time and passion, and a nearly obsessive dedication to one's often unsanctioned role as witness. Those troubled by the medium's future might want to slowly read the photographs and words in *Unsettled*, immersing themselves (it is impossible to immerse oneself in memes) in its unfolding narrative while reflecting upon the troubling lives of the young people depicted here. These young people, it becomes clear, have been abandoned and abused repeatedly, deported and incarcerated, the highly visible tattoos that many accumulate signs of a desperate desire to belong to a community that will, it often turns out, ultimately imprison them.

Donna De Cesare describes one telling encounter in Los Angeles:

We didn't run into any veteran gang members that night, but a younger member came up to me and wanted to know what I was doing. I told him I was working on a book about young people's

APESAR DE LA OMNIPRESENCIA de la fotografía, su papel documental es cada vez más incierto, y muchos de sus practicantes profesionales están desesperados. Cada día, alrededor de unos trescientos millones de fotografías se suben a Facebook, y se dice que más de una hora de vídeo se sube cada segundo a YouTube. Los periodistas y documentalistas se sienten desafiados y abrumados, y se preguntan en qué difiere su trabajo como testigos a el de millones de personas con cámaras en sus teléfonos celulares y cuentas en redes sociales. ¿Cómo pueden hacer imágenes que son a la vez significativas y útiles, que surgen con el propósito de impactar la conciencia de lectores distraídos y gobiernos indiferentes?

Parte del problema radica en el tipo de imágenes que hoy en día se consideran fotografías. En las sociedades aceleradas y saturadas de medios de comunicación como la nuestra, las personas se alimentan de imágenes fácilmente reconocibles que pueden ser ojeadas por el espectador en vez de leídas, y luego desechadas rápidamente. Es el equivalente a comida rápida en imágenes. Estas fotografías, incluyendo algunas que llamamos icónicas y al que se les conceden premios, a menudo funcionan como los “memes”. Se imiten uno a otro, pero no logran iluminar más que la superficie de los acontecimientos. El ensayo fotográfico cuidadosamente diseñado y con notas de pies de foto del pasado a menudo se reduce a una galería de imágenes digitales preparada casualmente y sin orden aparente. Además, dada la falta de contexto con el que se presentan las imágenes, no se investigan las causas ni se sugieren soluciones para las situaciones que se supone que representan.

Entonces, ¿cómo tener un impacto? La respuesta a menudo implica enormes cantidades de tiempo y de pasión, y una dedicación casi obsesiva al papel no sancionado de un testigo. Aquellos que se encuentran preocupados por el futuro del medio van a querer tomar su tiempo al leer las fotografías y las palabras en *Desasosiego* y sumergirse (es imposible sumergirse en los memes) en su despliegue narrativo y reflexionar sobre las vidas problemáticas de los jóvenes representados aquí. Queda claro que estos jóvenes han sido abandonados y abusados en repetidas ocasiones, además de deportados y encarcelados. Los tatuajes de gran visibilidad que muchos acumulan son signos de un deseo desesperado de pertenecer a una comunidad que a menudo los aprisionará.

lives. “Lady, put me in your book—you can take my picture,” he said, posturing. I took a couple of snapshots to break the ice and respond to his wishes more than anything else.

“Am I going to come out in the book?” he asked. “I can’t promise that,” I replied. “To make a book takes a lot of pictures and a long time,” I explained. “So when will your book be out?” he insisted. I told him I couldn’t say for sure, but my best guess was that it would be about three years if all went well. “Shit! I won’t be alive by then,” he responded dejectedly. Bemused, I asked gently, “How old are you, son?” “Sixteen,” he replied. “So you’ll be nineteen when it comes out and of course you’ll be alive by then,” I said with a smile. Then this youngster gave me a math lesson with his body that I will never forget. First there were the Rest in Peace tattoos for fallen homeboys and homegirls all over his torso—RIP Snoopy, RIP Trusty, RIP Bullet, RIP Blacky, RIP Indio, RIP Dreamer. Then he rattled off an additional fifteen-odd names—cousins, brothers, and boys and girls who lived in the neighborhood. “None of them made it to twenty. What makes you think *I’m gonna?*” he asked blasély.

Given the allure of the gang life, its fascination for much of the public, it would have been easy for De Cesare to exoticize the people she met over the course of several decades. But rather than approach those who appear here as some violent, rarefied species with strange markings, she views them as people of modest hopes with broken dreams. The narrative that she recounts is long and painful, full of struggle and setbacks, placing the adolescents and their families in the context of Central American wars and power struggles, and of hemispheric plotting by the United States. The children and young adults documented in these pages are seen as the product of decades of societal indifference and large-scale repression, their own violent outbursts the focus of media that simultaneously tend to ignore the institutions that helped propel them into despair.

De Cesare describes her initial sojourn in El Salvador during the country’s long civil war three decades ago, including the lengths that she went to in order not to get people killed by her presence as a journalist and, later, the strategies she employed—including non-publication of photographs—so as not to endanger the few young people who have managed to emerge from the violence and make new lives for themselves. De Cesare is well-known and respected today by her colleagues as an innovator who works to come up with

Donna De Cesare describe un encuentro revelador en Los Ángeles:

No nos cruzamos con ningún veterano pandillero esa noche, pero un joven miembro de una pandilla se me acercó y quiso saber qué estaba haciendo por ahí. Le dije que estaba trabajando en un libro sobre la vida de los jóvenes. “Señora, póngame en su libro—me puede sacar una foto”, me dijo, posando. Tomé algunas fotografías para romper el hielo y, sobre todo, para cumplir con sus deseos.

“¿Voy a salir en su libro?” me preguntó. “Eso no lo puedo prometer”, contesté. “Para hacer un libro tengo que tomar muchas fotos, y lleva mucho tiempo”, le expliqué. Me insistió: “¿Cuándo es que va a salir el libro?” Le dije que no sabía con certeza, pero que, si todo salía bien sería en unos tres años. “¡Mierda! Yo no voy a estar vivo para entonces”, me contestó afligidamente. Absorta, le pregunté de manera gentil, “¿Cuántos años tienes?” “Dieciséis”, me contestó. “Entonces vas a tener diecinueve cuando salga el libro, seguro que vas a estar vivo para entonces”, le dije con una sonrisa. Entonces fue que este joven me dio una lección de matemática con su cuerpo, lección que nunca olvidaré. Primero fueron los tatuajes en todo su torso de “RIP” [Rest in Peace—que en paz descanse] por sus cuatas y cuates muertos—RIP Snoopy, RIP Trusty, RIP Bullet, RIP Blacky, RIP Indio, RIP Dreamer. Y luego recitó otros quince nombres—primos, hermanos, chicos y chicas que habían vivido en el barrio. “Ninguno llegó a los veinte. ¿Qué le hace pensar a usted que *yo* si voy a llegar?” preguntó de manera indiferente.

Dada la atracción a la vida de las pandillas y la fascinación con el tema que tiene la mayoría del público, hubiera sido fácil para De Cesare hacer que la gente conocida a lo largo de varias décadas se viera más exótica de lo que era. Pero en lugar de tratar a los que aparecen aquí como alguna especie violenta con marcas extrañas, los ve como personas con esperanzas modestas y sueños rotos. La narración que cuenta es larga y dolorosa, llena de luchas y obstáculos. Coloca a los adolescentes y sus familias en el contexto de las guerras centroamericanas con las luchas de poder, y de la conspiración hemisférica de los Estados Unidos. Los niños y adultos jóvenes documentados en estas páginas son vistos como el producto de décadas de indiferencia social y una represión a gran escala. Sus arrebatos violentos son el enfoque de los medios que a la vez tienden a ignorar las instituciones que ayudaron a propulsarlos a la desesperanza.

image strategies to depict children without showing their faces—especially in her work with UNICEF. Dedicated to advocating for children’s rights, UNICEF does not allow the faces of former child soldiers or HIV-positive children to be shown in its publications, to protect them from becoming targets in their own communities.

De Cesare also conducts photo and theater workshops in Central America, mixing students from the barrios and those from the middle class; testifies at regional hearings on youth and violence; and places her photos in various media to serve both as a bridge to the outside world and as a history for the communities that she photographs. The bilingual, interactive website that she created over many years, *Destiny’s Children* (www.destinyschildren.org), narrates the struggles and successes of four young people while providing enormous amounts of contextualizing information, including whom to call if one wants to leave a gang or have one’s tattoos removed.

De Cesare makes it clear through her text that what is represented within the visual frame is only the smallest fraction of what is going on. “The rat-tat-tat of gunshots ringing out in the L.A. nightfall,” she writes of an experience talking with a woman from El Salvador in her Watts apartment, “sounded eerily like the war

Huntington Park, Los Angeles, 1997



De Cesare describe su estancia inicial en El Salvador durante la larga guerra civil en el país hace tres décadas. Cuenta cómo tomaba cuidado de no poner en riesgo las vidas de las personas que documentaba por estar con una periodista. Semejantemente, explica las estrategias que empleó años más tarde, incluyendo no publicar fotografías a fin de no poner en peligro a los pocos jóvenes que habían logrado salir de la violencia y hacerse una nueva vida. Hoy en día, De Cesare es muy reconocida y respetada por sus colegas como una innovadora que trabaja para elaborar estrategias para presentar imágenes de niños sin mostrar sus caras, sobre todo en su trabajo con UNICEF. Dedicado a la defensa de los derechos del niño, UNICEF no permite que los rostros de los ex-soldados niños o niños con VIH se muestren en sus publicaciones, para así protegerlos de convertirse en blancos para victimarios en sus propias comunidades.

De Cesare también lleva a cabo talleres de fotografía y de teatro en Centroamérica que mezcla estudiantes de los barrios con los de la clase media. Da testimonio en las audiencias regionales sobre la juventud y la violencia, y sus fotos aparecen en diversos medios de comunicación para servir tanto como un puente hacia el mundo exterior así como una historia de las comunidades que retrata. La página web bilingüe e interactiva que creó llamada *Hijos del destino* (www.hijosdeldestino.org), narra las luchas y los éxitos de cuatro jóvenes. Al mismo tiempo proporciona una enorme cantidad de información de contextualización, incluyendo números para llamar si alguien se quiere salir de una pandilla o se quiere quitar los tatuajes.

De Cesare deja claro a través de su texto que lo que se representa en el encuadre visual es sólo una fracción mínima de lo que está pasando. “El ruido de ra-ta-tá de los tiros que sonaban en la noche de Los Ángeles era muy similar al de la guerra que ambas recordábamos. Me di cuenta de que, en cierta inquietante manera y más allá de las obvias diferencias en contexto y geografía, esta familia había cambiado una zona de guerra por otra”, escribe, después de una experiencia de hablar con una mujer de El Salvador en su apartamento en Watts. Narra dolorosas intimidaciones. El hijo de esta mujer, de dieciséis años de edad, se encuentra confinado a una silla de ruedas como resultado de un tiroteo entre pandillas rivales, y empieza a llorar después de que la fotógrafa le compra un pastel de cumpleaños. Nunca había tenido uno antes. Otra adolescente herida en un tiroteo entrega su recién nacido a otro miembro de pandilla mientras está tendida sobre el pavimento antes de salir para el hospital y de ser deportada. Nunca volverá a ver a su bebé. De Cesare también narra como mientras llevaba a un padre joven con un bebé

we both remembered. I realized that despite obvious differences in geography and context, in some deeply troubling way, this family had traded one war zone for another.” She recounts painful intimacies—this woman’s sixteen-year-old son, who, confined to a wheelchair as the result of a drive-by shooting between rival gangs, breaks down crying after the photographer buys him a birthday cake (he has never had one before); another teenager, wounded in crossfire, who, lying on the pavement, gives up her newborn to a gang member before heading for the hospital and eventual deportation, never to see the baby again; or the young father with a very sick baby, who, driven by De Cesare to a free clinic for emergency care, frantically warns her against going the quickest way, which might put them in the potentially deadly path of members from another gang.

THEN THERE ARE THE RUMORS she hears from a nun about police in Los Angeles who make sure to drop gang members off in neighborhoods controlled by a rival gang, or the information she gets about the police practice of publicly thanking a gang member for squealing in front of his associates. Some gang members are deported back to Central America—where they are easily identifiable due to their tattoos—to face the wrath of death squads. (She recounts a horrific story of gang members lined up by the police, who force them to pull up their shirts in order to check for identifying tattoos, often the youths’ ticket to jail or worse; now, unsurprisingly, some Central American gangs forbid their members from tattooing themselves.) Some of these same young people had parents in El Salvador who abandoned them while fighting as left-wing guerrillas; their parents too had been chased down by death squads.

UNSETTLED RESONATES WITH a seminal idea of the English critic John Berger. Bothered that the *London Times* could publish nightmarish imagery of the Vietnam War while supporting the conflict on its editorial page, he was eager for a media strategy that deviated significantly from the use of the public, iconic photograph: “The task of an alternative photography is to incorporate photography into social and political memory, instead of using it as a substitute which encourages the atrophy of any such memory For the photographer this means thinking of her or himself not so much as a reporter to the rest of the world but, rather, as a recorder for those involved in the events photographed. The distinction is crucial.”

De Cesare’s photographs have enabled severely marginalized young people and their families to keep track of each other, and

muy enfermo a una clínica gratuita para atención médica urgente, el joven le advierte de manera frenética de no tomar la ruta más rápida, porque podría ponerlos en el camino potencialmente mortal por ser territorio de los miembros de otra pandilla.

LUEGO ESTÁN LOS RUMORES que escucha de una monja. Le dice que la policía de Los Ángeles se asegura de dejar tirados a los miembros de unas pandillas en los barrios controlados por una pandilla rival, y que agradecen a un miembro de la pandilla públicamente en la presencia de sus compañeros cuando quieren señalarlo como informante. Algunos pandilleros son deportados a Centroamérica—donde son fácilmente identificables debido a sus tatuajes—para enfrentar la ira de los escuadrones de la muerte. (Cuenta una historia terrible de miembros de pandillas puestos en fila por la policía, quienes los obligan a levantarse la camiseta para verificar si tienen tatuajes que los identifican como miembros. Esto a menudo es la razón por mandar a estos jóvenes a la cárcel, o peor. Como era de esperar, ahora algunas pandillas de Centroamérica prohíben a sus miembros de tatuarse.) Algunos de estos jóvenes tenían padres en El Salvador que los abandonaron mientras que luchaban con guerrillas de la izquierda; también sus padres habían sido perseguidos por los escuadrones de la muerte.

DESASOSIEGO RESUENA CON UNA idea seminal del crítico inglés John Berger. Molesto de que el periódico *The Times* de Londres podría publicar imágenes aterradoras de la guerra de Vietnam y al mismo tiempo apoyar al conflicto en su página editorial, quería una estrategia de los medios que se desviara de una manera significativa de la utilización de la fotografía pública e icónica. Dice: “La tarea de la fotografía alternativa es incorporar a la fotografía a la memoria social y política, en lugar de utilizarlo como un sustituto que fomenta la atrofia de cualquier recuerdo.... Para el fotógrafo esto significa pensar en ella o él mismo no tanto como un reportero para el resto del mundo, sino más bien como un documentalista para documentar a aquellos involucrados en los hechos fotografiados. Esa distinción es crucial”.

Las fotografías de De Cesare han permitido que los jóvenes gravemente marginados y sus familias no pierdan vista uno del otro, y los hace recordarse de sus propias historias. Sus fotografías han servido también como monumentos. Estas imágenes han contribuido a un álbum familiar para aquellos cuyas vidas han sido interrumpidas tan frecuentemente y drásticamente. Han sido útiles como advertencias

to be reminded of their own histories. Her photographs have also served as memorials. These images have contributed to a family album for those whose lives have been so frequently and drastically interrupted. They have been useful as warnings for some who have thought of joining gangs. And they, along with De Cesare's personal testimony, have informed those working for governments, social service agencies, and schools, both here and in Central America, who have tried to be of some help.

The philosopher Martin Buber conceived of all of us as existing in two distinct kinds of relationships: I-Thou, where it is the essence of the other with which one is in relationship, or I-It, where the other is related to as a category, and diminished ("pretty girl," "gang member," "homeless person"). It is the enduring strength of *Unsettled* that it does not allow us to see these young people as just "gang members," "deportees," or any other reductive classification. We, the readers, have before us the work of a photographer who did not sacrifice relationships for images. In the society of the spectacle, this is a rare and wonderful achievement.

para quienes han pensado en unirse a las pandillas. Y, junto con el testimonio personal de De Cesare, han informado a las personas que trabajan para los gobiernos, agencias de servicios sociales y escuelas, tanto aquí como en Centroamérica, que han tratado de ayudar.

El filósofo Martin Buber concibió que todos existimos en dos tipos de relaciones distintos: Yo-Vos, donde la relación es con la esencia del otro, o el Yo-Aquello, donde el otro se denomina como una categoría, y así se disminuye ("chica bonita", "miembro de la pandilla", "persona de la calle"). Es la fuerza perdurable de *Desasosiego* que no nos permite ver a estos jóvenes sólo como "pandilleros", "deportados" o cualquier otra clasificación reduccionista. Nosotros, los lectores, tenemos ante nosotros el trabajo de una fotógrafa que no sacrificó las relaciones por las imágenes. En la sociedad actual del espectáculo, este es un logro raro y maravilloso.